

GRACIAS POR LA COMUNIÓN

Recordando el día de su primera Comunión decía San Josemaría que aquel día Jesús “quiso venir a hacerse el dueño de mi corazón”

Estas palabras nos pueden servir para considerar una realidad que en ocasiones por las prisas del día a día se nos puede olvidar y no es otra que ser conscientes que en la comunión recibimos a Jesús, pero es Él quien nos recibe. Es verdad que en la comunión lo invitamos a nuestro hogar, pero sabiendo que en el fondo es él quien nos acoge en el suyo. Él es nuestro anfitrión. Nuestros deseos de recibirle son pequeños comparados con los suyos. Nosotros repetimos la comunión espiritual algunas veces cada día, pero para Él ese deseo de intimidad con cada uno de nosotros es mucho más apasionado e irrefrenable: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer» (Lc 22,15).

Cuanto me gustaría y supongo que a ti también, que se encendiera el corazón cuando nos acercamos a recibirles. Ojalá y te animo a que se lo pidas a Jesús que tengas, y yo también, ilusión por recibirlo, por dejar que Jesús entre en mi corazón con frecuencia. Como esto no siempre es posible, tenemos el remedio de la comunión espiritual de la que nos decía el santo Cura de Ars: **cada vez que sientas que tu amor por Dios se está enfriando, rápidamente haz una Comunión espiritual** (San Juan María Vianney, *Sermones*).

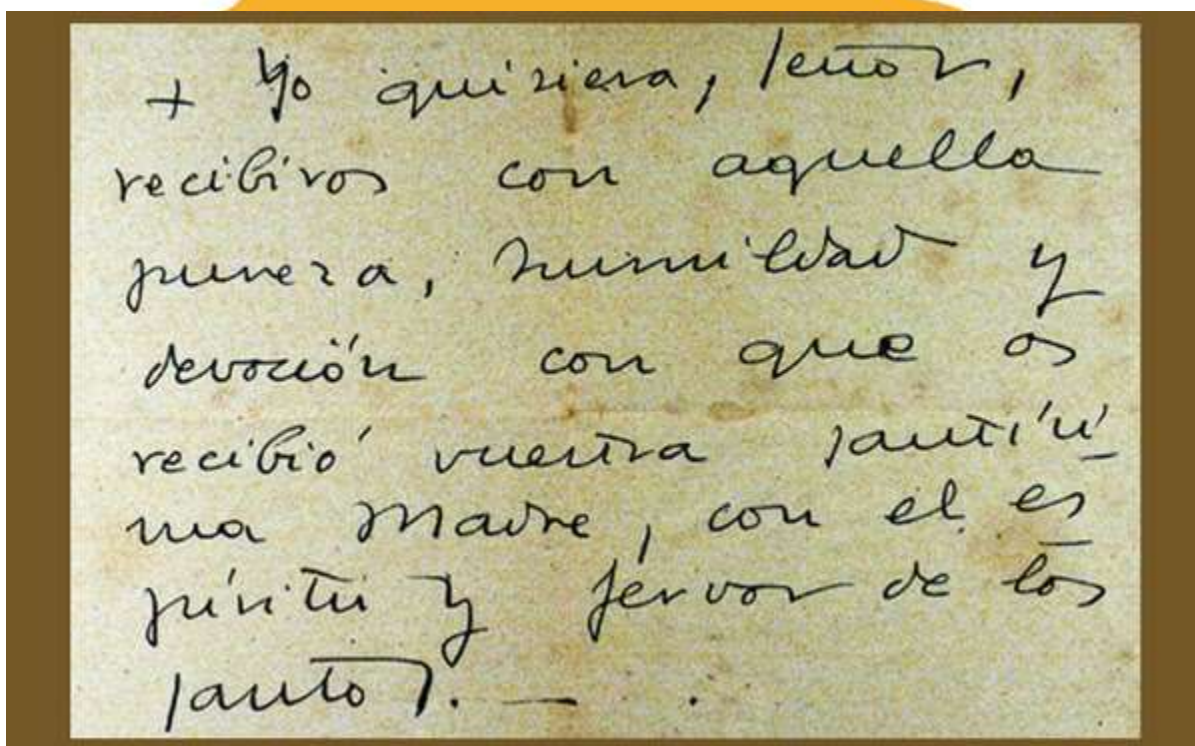
Que buen consejo para estos días en los que estamos en cuarentena. Por este motivo, quizá algunos no podamos salir de casa para asistir a Misa. En algunas zonas del planeta se ha tenido que suprimir hasta la celebración pública de la Eucaristía. Pero Jesús sigue ahí. Esperándonos. Deseándonos. Le pedimos que esta situación pase y pronto pueda volver a *tocar* nuestras almas a través de la Comunión sacramental. Nos da miedo que esta *ausencia* justificada enfríe nuestro amor. Puede que después de muchos años recibéndole a con frecuencia nos veamos privados durante unas semanas de su presencia sacramental. Jesús lo sabe, pero no quiere que suframos por este deseo santo sino todo lo contrario. Es fácil que su lejanía física nos haga valorar mucho más el regalo inmerecido de la comunión frecuente, la cercanía tierna de un Dios que se hace pan y el servicio silencioso que nos prestan los sacerdotes que lo hacen presente con su voz y sus acciones.

Pueden ser días para comprobar hasta qué punto disfruta Dios con nosotros, hasta qué punto nos espera quien es dueño de la eternidad: como dice san Josemaría, **quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros** ([Es Cristo que pasa, n. 84](#)).

Jesús quiere que seamos santos, que seamos amigos suyos, mujeres 10, en medio del mundo, en medio de lo ordinario, en medio de las circunstancias de cada día. Y ahora es parte de lo ordinario, de lo que Jesús quiere, que le busquemos en la

cuarentena. No sería bueno el deseo de buscarlo en lo extraordinario, en el riesgo de salir a la calle si lo prudente es permanecer en casa. Obedecer a nuestros padres, o quizá a nuestros hijos, o a los médicos, y por supuesto, a la autoridad sanitaria son actitudes propias de los santos. Ellos saben vivir cada momento con la paz que les proporciona la unión con Dios. Saben que Dios utiliza siempre mediaciones, instrumentos; Dios los ama, aunque ellos no lo perciban o no lo puedan comprobar.

No sabemos cuánto tiempo nos veremos privados de participar en la Eucaristía, pero queremos comprender el valor que tienen a los ojos de Dios estos deseos nuestros manifestados con constancia y sinceridad. San Josemaría nos ha enseñado a miles de personas en el mundo una oración que él aprendió de un buen escolapio: **«Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos»**. Cuentan que el mismo Jesús en persona confió a Santa Faustina Kowalska que si rezamos la Comunión espiritual varias veces al día, en tan solo un mes veremos nuestros corazones completamente cambiados. Estas semanas pueden ser una gran oportunidad para agrandar nuestro corazón, para identificarnos con los mismos deseos de Dios.



Es una oración que pone de manifiesto la valentía de una persona, porque no se conforma con buenas intenciones. Es una oración que nos ayuda a proponernos metas altas, que nos invita a soñar a lo grande. Y es que nos anima a que tú y yo imitemos a María, la bienaventurada entre todas las mujeres: **Yo quisiera Señor recibirlos, con aquella pureza, humildad y devoción, con que os recibió vuestra Santísima Madre**, que buen propósito nos sugiere esta oración: tener el alma bien dispuesta para recibir a

Jesús. Además, esta oración no se conforma con esa meta, sino que también nos propone parecernos a los santos: **con el espíritu y fervor de los santos**, que quizá es una meta como más fácil de alcanzar. Y es que es una oración que nos recuerda que todo es poco para recibir al huésped, al amigo que se lo merece todo.

Vamos a pedirle a Jesús, que cuando recemos esta oración y estos días podemos decirla muchas veces, esos deseos se hagan realidad en nuestra alma y que él la limpie, la purifique y la haga más humilde, paciente, para que cada uno de nosotros -aunque no podamos recibirle durante estos días- nos vayamos pareciendo más a María y a Él.

Junto a esto, si se me permite hablar así, a lo humano, me gustaría que fuéramos conscientes de cuanto disfruta Jesús, de cuanto le gusta comprobar que tenemos deseos de recibirle y de estar con él. Y estos días podemos hacer muy feliz a Dios cumpliendo con lo ordinario y recitando multitud de veces esta breve oración. Esa plegaria nos ayudará a encontrarle, no solo en el sagrario cercano, al que quizá no podemos ir, sino en las mil cosas que se suscitarán en nuestras casas. Y al mismo tiempo, esta oración nos ayudará a tener la seguridad de que no nos deja en ningún momento si tú y yo no lo dejamos y es que con la comunión espiritual sacaremos la fortaleza para vivir una cuarentena serena y alegre.

Pienso que estos días nos pueden servir para comprender mejor a Jesús que **lleva**, como dice San Josemaría, **desde hace veinte siglos, ... ¡voluntariamente encerrado!, por mí, y por todos**. (San Josemaría, *Forja*, n. 827). Y en cierta manera la cuarentena es imitar a Jesús en ese estar encerrados por amor a los demás.

Por eso, cuando la convivencia cueste, o cuando sonreír no sea fácil, será un alivio comprobar que Él nos espera en su «cárcel de amor» y que podemos acudir a Él con la comunión espiritual. Cuando haya que apretarse el cinturón para capear esta crisis, cuando la enfermedad nos asedie, o cuando el aburrimiento se haga presente será un consuelo saber que el Señor no se ha ido, que está presente en quienes viven conmigo, en los que sufren o en los que simplemente tienen miedo. Cuando haya que estudiar sin exámenes o teletrabajar sin que el jefe compruebe si consultamos las redes sociales, cuando nadie eche en falta nuestra puntualidad o nuestra colaboración en el trabajo del hogar nos reclame poner las últimas piedras, será vital contar con su apoyo, con su cercanía y con su cariñoso empuje. Nadie como Él se hace cargo de nuestros deseos, sufrimientos y anhelos incluso antes de que los sintamos nosotros mismos.

Vamos a terminar, acudiendo a San José, es uno de aquellos santos que durante meses se alimentó de comuniones espirituales. Soñaba cómo sería el Niño y seguramente lo hablaba con María. Fueron meses de preparación, de deseos de tomarlo en sus brazos. Nadie como María su esposa para comprenderlo, pero nadie tampoco como ella para encender esos deseos. Sus palabras fueron posiblemente aliento que mantuvieron el optimismo y la esperanza en San José. No sería extraño que José sorprendiera a María diciéndole a Jesús las ganas que tenía de besarle, abrazarlo y cuidarlo, o cantándole con el cariño de la madre más enamorada. De lo que no cabe

duda es de que juntos se prepararon para el mejor recibimiento que Dios hecho hombre podía soñar aquí en la tierra.

Por eso, aprendiendo de San José y la Virgen, aunque no lo recibamos sacramentalmente, podemos hacer la **acción de gracias cada día**, después de unirnos por televisión o internet a la Santa Misa, y alabarle por lo bien que ha hecho todo, también lo que no comprendemos ahora, dándole gracias pro su cercanía y porque no nos deja solos.

Le pedimos al terminar, que, aunque no podamos recibirle que, durante estos días, por la comunión espiritual y la acción de gracias, sepamos vivir muy pegados a Él.

Don Ignacio

